

RESPLANDOR

El resplandor restalla en el cielo del atardecer y penetra entre los pastos altos. Casi al mismo tiempo la tierra vibra bajo su cuerpo. Cuenta en silencio: uno, dos...

—Te quiero —dice la chica.

... tres.

La explosión ha golpeado opaca, sin ecos. Fueron tres segundos: los soldados están a un quilómetro. Se los puede imaginar avanzando con cuidado, muy despacio, al mismo ritmo de un hombre que pasea. Una cuadra en un minuto y medio, tal vez un poco más. Hace la cuenta. Le da como mínimo quince minutos siempre y cuando no decidan cambiar de dirección, pero los habían visto, está seguro, saben dónde encontrarlos y no van a querer que los alcance la noche; vendrán directo sobre ellos.

Ya no hay más explosiones, ahora sólo disparos de ametralladora. Cada tanto se escucha una ráfaga.

A su lado la mujer hace un sonido desagradable con la boca. Tendrá la lengua tan seca como la de él. Debe ser por el miedo, aunque prefiere pensar que tiene sed.

—Te quiero —susurra ella—, sé que te amo.

El aire, que apenas se mueve, hace oscilar a los pastos.

No le va a contestar, no quiere prestarle atención; no soporta que esté ahí, con él, tan joven, esperando que los maten. Se concentra en las gotas de sudor que le corren por la cara. El sol ya se puso pero el aire sigue ardiendo. Daría cualquier cosa por poder sacarse el saco. Al fin de cuentas tiene derecho moral a estar cómodo, los condenados lo habían tenido alguna vez.

Inclina la cabeza. Ella está tirada como él, con el pecho hundido en el suelo, aplastada. Lo observa seria a través del pasto y del pelo largo que le cubre la mayor parte de la cara.

—Te quiero —insiste ella demasiado fuerte.

La mira con reprobación.

Los labios de la mujer tiemblan como si no encontrara la palabra justa.

Le gustaría poder decir algo que la tranquilice, pero prefiere volver a enderezar la cabeza y concentrarse en el bicho que se le metió por el cuello de la camisa y le camina por el pecho. Se frota contra el suelo pero no logra matarlo, sigue ahí, clavándole las patitas movedizas.

La última ráfaga parece sonar más cerca. Disparos idiotas hechos para amedrentar.

Era verdad que los soldados los habían visto aunque desde lejos a lo mejor creían que iban a encontrarse con más personas. Era posible.

No hay forma de liquidar el bicho que sigue arriba y abajo por el pecho. Si al menos se acercara al cuello a lo mejor lo podría agarrar sin moverse demasiado.

Los disparos tan próximos lo sobresaltan y le liberan en las piernas resortes que se expanden con violencia. Le cuesta volver a contenerse. No puede quedarse quieto pero tiene que lograrlo. Hubiera querido correr, correr como el día del enfrentamiento. Qué palabra repugnante enfrentamiento. No sabe bien por qué pero le suena a algo casual, a gente sorprendida y acorralada. Y por qué no, si todos fueron sorprendidos y acorralados. Salvo ellos dos, tal vez los únicos que habían podido escapar.

Vuelve a mirarla, la ve con los ojos cerrados en la cara mojada de lágrimas y de sudor. Por qué la dejó participar si ella no tenía ninguna experiencia. Por qué. No soporta verla ahí, tan frágil.

Con la mano izquierda, la más alejada de ella, arranca un puñado de pasto sin tironear, casi sin moverse, a pura fuerza.

Sabe bien que la trajo porque él también se había enamorado, aunque no se lo había dicho.

Las ráfagas suenan cerca, mucho más cerca.

—¿Por qué no me contestas? —dice la mujer con voz casi inaudible y solloza despacito.

Las botas de los soldados hacen crujir los pastos con un ruido de fuego que avanza. No se escuchan voces, sólo los clics metálicos de los correajes y de las armas. Saben que ellos dos están por aquí y deben creer que son más y que están armados.

Ya se les acaba el tiempo. A lo mejor alguna estadística absurda deja zonas invisibles para los soldados, santuarios de la casualidad, y ellos dentro de uno. Tal vez entonces pudieran salvarse. Otra vez piensa que es absurdo, inútil creerlo. Sería una indignidad. Nunca tuvo miedo de mirar la realidad de frente y no lo va a tener justo ahora, antes de morir.

Escucha pasos y jadeos de muchos hombres. Aplasta la cara contra la tierra. La respiración se le detiene mientras algo parecido a una turbina le vibra por la piel.

La ametralladora le estalla dentro de la cabeza. Todo el cuerpo espera el golpe de la primera bala. En los ojos apretados los colores le nacen y le mueren uno tras otro como telas de araña incandescentes. El cerebro le reza en silencio: no te muevas, quieto, no respires, no hagas ruido, no te muevas, no te muevas.

Esperanzas. Está teniendo esperanzas. Puede suceder. No los ven, no los vieron. Tiembla. Se van, la última ráfaga sonó más lejos, está seguro. Casi no hay luz, ya viene la noche. El tiempo corre para ellos dos.

Le duele el pecho. El corazón no le deja de latir a golpes. Siente un cansancio insoportable y se rinde a los músculos que se le sacuden descontrolados a su antojo.

Ya están lejos. Cuando cree haber recuperado un poco de control sobre el cuerpo voltea la cabeza hacia ella.

En la cara infantil, que el pelo apenas cubre, la sangre se sumó a las lágrimas y a la transpiración. Algunos pastos vacilan delante de los párpados semiabiertos, fijos.

Queda inmóvil. El alarido le nace en el vientre y se le detiene en la garganta. El dolor lo encandila. Después se extingue de a poco hasta que sólo le resta la respiración, lo único que queda vivo en él.

Poco a poco vuelve a percibir el olor del pasto todavía caliente y el de las flores nocturnas que ya se abrieron.

La ametralladora ahora suena muy lejana.

Uno a uno arrancan los motores de los camiones que se ponen en marcha.

La noche absorbe todo menos la presencia invisible de la mujer que sigue allí, a su lado.

Se pone de pie. Automáticamente mete la mano bajo la camisa y saca el bicho. Lo aplasta entre los dedos y lo deja caer.

A lo lejos hay luces. Camina.

Seleccionado entre los 15 mejores cuentos originados en países no francófonos. Seleccionado para ser transmitido por la red de RF1 (*Radio France International*) en el "13^{ème} Concours A la Meilleure Nouvelle en Langue Française" organizado por la Academia Francesa de Letras, Le Monde, Alianza Francesa, Sociedad Tradivat y RF1

1990 © Emilio Matei

Están prohibidos y penados por la ley la reproducción y la difusión total o parcial de esta obra en cualquier forma o medio mecánico, electrónico, inclusive por fotocopia, grabación magnética y cualquier otro sistema de almacenamiento de información, sin el previo consentimiento escrito de los titulares de los derechos.